

Marcos Feliú

■ Un poco de historia

En el inicio de este siglo que se nos acaba, aparecieron por las cumbres pirenaicas unos personajes singulares. Eran cinco hermanos que iban a cambiar las formas y los modos del pireneismo. En cierto modo fueron unos revolucionarios que iban a implantar una nueva manera de proceder que duraría todo el siglo.

Ya en su época, el conde Russell, que fue la máxima figura de la anterior, sentenció lo que sigue: "son montañeros modelo, que tienen la buena fortuna de pertenecer a dos escuelas, la antigua y la moderna". ¿Cuál era la antigua? La de los viajeros románticos y los nobles que veraneando en los balnearios pirenaicos se apuntaban a la novedad.

Entonces, contrataban a porteadores y guías que les "llevaban". En general era gente noble o aristocrática y destacados burgueses, gente de posibles al fin y al cabo. Los Cardier, por ser quizás de economía más modesta, iban a prescindir de guías y de porteadores. Además serían audaces en sus ascensiones, buscando itinerarios de dificultad. En sus travesías pernoctarían en vivacs o cabañas de pastores. Además eran pirenaicos, pues habían nacido en el pueblo de Osse, en el valle de Aspe, donde su padre era pastor de la Iglesia Reformada de Francia y el abuelo presidía la mesa como un auténtico patriarca de las montañas.

La mayor parte del año la pasaban desperdigados por Francia, pendientes de sus estudios y obligaciones pero, reunidos en verano, recorrían juntos gran parte del Pirineo. Leer sus libros, sus aventuras pirenaicas, relatadas con encantadora sencillez no deja de enternecernos. Por ejemplo cuando narran como el hermano que está sirviendo en el cuartel de Pau, consigue un permiso no previsto, coge la bicicleta y se reúne gozoso con sus hermanos, llenándoles de alegría y subiéndolos con ellos en uniforme militar.

■ Comienzan las grandes travesías

En la época en que hicieron su primera gran travesía (1902), del Aneto a la Munia, narrada en el tomo II de "Au Pais des Isards", eran cinco jóvenes robustos. El más pequeño alcanzaba metro ochenta y contaban entre 20 y 28 años.

George, era el mayor, el organizador y jefe indiscutible. Era robusto, sólido como una roca y atrevido en la roca. Era pastor de oficio. Henri era abogado en Olorón y luego en Pau, quizás menos atlético que sus hermanos, pero indispensable para la moral del grupo y la animación de las acampadas. Alberto, delgado y ágil, era de los más resistentes. Se lanzó a travesías en solitario. De temperamento artístico era el fotógrafo del grupo. Era pastor de almas como el padre.



Edouard, el más alto, de anchas espaldas, tenía el derecho a la mochila más pesada, la que llevaba la fraternal lona de vivac. Montañero completo, abrió muchas vías destacadas. Ingeniero industrial fue el que más se realizó económicamente de la familia. Charles, era el benjamín, alto y fuerte, antiguo jugador de rugby (como George); era también un buen escalador. Recordemos la Chimenea Charles-Edouard al Balaitous. También era pastor de almas y estuvo casi 20 años con los Fang del Gabón.

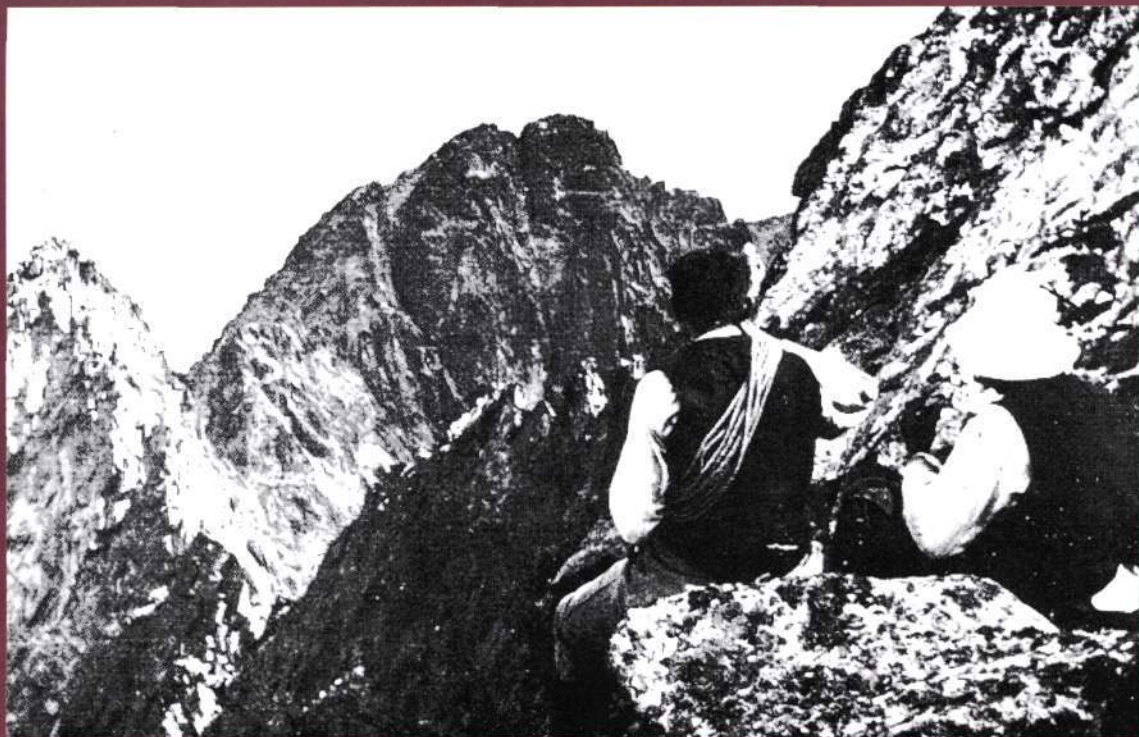
Para los pireneístas el nombre de los Cadier, estará siempre asociado a esa gran arista, con su destacado gendarme, que el Balaitous proyecta

hacia Oriente: la Cresta de Costerillou. La exploración empezó y siguió incansable, descubrieron vías providenciales, pero vertiginosas, que con un "paseo horizontal" les permitieron contornear la Torre y llegar de la aguja de Ussel al Gran Pico. Sus esfuerzos continuaron y en 1913, lograron subir al "provocador obelisco". En homenaje a uno de sus vencedores, se le dio el nombre de Torre George Cadier (pero este nombre no ha permanecido). Dos años antes habían vencido la célebre Chimenea Charles-Edouard, en la cara S del Balaitous y la Aguja anónima, que monta guardia sobre la Brecha Latour, a cuya cumbre llegaron los primeros en 1911, conocida en la posteridad como Pico Cadier. También la tosca muralla de Batcrabere recibió varias visitas de los cinco hermanos con los atrevidos compañeros Fauchay y Garderes.

■ Su rechazo a la cuerda

Si la audacia no les faltaba. "Una característica de nuestros métodos, —escribía George— fue una instintiva repulsión por la cuerda. En los glaciares, sólo la utilizábamos excepcionalmente, sobre la roca, nunca. Haciendo la Torre de Costerillou, mi hermano Edouard guardó la cuerda en bandolera". Realmente los escaladores de hoy deben descubrirse ante estos antepasados que cruzaban así, tanto en subida como en bajada, un verdadero IV. Pero la audacia no les privaba de sensualidad. "Lo esencial —escribía George Cadier— es que lo pigmeos que somos nos hagamos el alma a las cumbres". Los hermanos Cadier poseían en grado eminente esta calidad de alma. En su memoria nos permitimos aportar una vez más, las líneas admirables de George. En ellas, nuestro ideal, el ideal de todo montañero, se halla perfectamente expresado: "Qué amor más grande, que apasionarse por la luz, tener la intimidad de horizontes infinitos, experimentar la adoración de la inmensidad de los espacios y la sublime belleza, comprender la diversidad de espíritu y de carácter, de naciones tan diferentes como Francia y

A la izquierda.
De izquierda a
derecha:
Charles,
Edouard,
George, Henry
y Albert
(año 1919)
A la derecha.
George y
Edouard antes
de subir
a la Torre
de Costerillou
(18-8-1913)



FOTOS TOMADAS DEL LIBRO DEL AUTOR "LA CONQUISTA DEL PIRINEO"

España contempladas desde Arriel, del Palas o del Marmuré, juzgar todas estas cosas desde lo alto. ¿No es lo propio del alma montañera? Alma de bondad, de indulgencia, de generosidad madura para la ayuda, más que ninguna otra capaz de fiel camaradería y de pura amistad..."

■ Sus testimonios escritos

Los hermanos Cadier nos dejaron dos libros, titulados; "Au Pays des Isards". El primero, "Un Grand Pic, le Marmuré" y el otro con dos travesías, De l'Aneto a la Munia y Du Pic Long au Balaitous, van firmados por Henri y Albert, el primero abogado y Albert el más artista y fotógrafo del grupo. Del segundo, traduzco la impresión que les causó el lago y glaciar Tourrat, una joya hoy desaparecida, totalmente fundido...

"Cinco minutos y estamos en las orillas del admirable lago Tourrat (en el patois de la zona: helado). Una belleza que es al mismo tiempo una emoción. Esta os envuelve y os penetra hasta lo más hondo del ser. Es la alegría que os llena y os exalta como las más dulces felicidades de la vida. Tanto que nos felicitamos por el chaparrón que comienza tenaz; pero ello nos retiene al pie de la cumbre que ambicionamos; nos recluye bajo una roca donde, apretados y mojados, castañeamos los dientes; pero ello nos da el pretexto para permanecer en medio de las maravillas que contemplamos en los ocasionales claros.

El lago Tourrat, cuadrado de 200 a 250 metros de lado, es un ejemplo, probablemente único de los Pirineos, de un lago importante donde se desliza todo entero un glaciar. Muy inclinado, muy agrietado, cae directamente del Pic Long. Sobre el agua oscura, sus restos brillantes vagan a la deriva al capricho del viento.

La atención queda cautivada en las estriás de diversos colores que presenta la pared terminal del glaciar, largo de más de 200 m, alta de 10 m sobre el lago; horizontal en el centro, se levanta hacia los lados, dejando adivinar la terrible presión que sufre el hielo en la estrechez de su lecho de granito. A la derecha, la única morrena en cono invade un poco el lago.

Este espectáculo, que se encuentra en Francia, en la comuna de Luz; ¿somos los primeros turistas en contemplarlo? Una lata de sardinas vacía, hallada en el abrigo en el que pasaremos la noche, ha sido dejada por un explorador maravillado, como nosotros; o simplemente por uno de esos cazadores de sarríos, empeñados en despojar a nuestras montañas de uno de sus más

graciosos adornos (obsérvese el toque ecológico). Quienquiera que fuese, el lago Tourrat, cuya altura sobrepasa los 2700 m –parecida a la de los lagos helados de Literola, del Portillón y del puerto de Oo– puede sostener la comparación con estos tres ilustres rivales, y además es perfecto en su género y en su belleza polar y salvaje.

Sobre una pequeña terraza que domina la garganta por donde descienden las aguas del lago en cascada –es decir al N.E. del Pic Long– una gran roca en equilibrio hace bóveda sobre un suelo terroso y pedregoso, dolmen colosal que será nuestro refugio para la noche. Mientras nos acomodamos, el sol taladra los vapores, sobre las rocas oliváceas de la horquilla, la alegría de un Arco Iris nos augura unos cielos más clementes. Sólo las aguas alborotadas turban el gran silencio".

Al día siguiente, 8 de agosto de 1903, la narración de la travesía continúa. Suben junto al glaciar y rodean la base del pico que les llevará a los 3194 m. del Pic Long, y el entusiasmo continúa...

■ "El cautivador encanto" hoy es historia

"Lago Tourrat. Su gloriosa belleza es aún más brillante al amanecer. Como las alas de un gran pájaro de presa, las dos aristas recortadas que llevan a la aguja del Pic Long, planean muy altas y muy negras, sobre este mundo blanco y azul claro. Desde la morrena es de donde se aprecia mejor la caída del glaciar. Los extraplomos de hielo cobijan grutas de un violeta sombrío y recovecos donde el sol naciente, hacia el Arbizon, pone colores de agua marina. Cuando nos asomamos a las grietas marginales, un estremecimiento nos traspasa, debido a la admiración. Desgarros profundos y heridas en las que aparece una sangre verdosa y llenas de extraños ruidos; panes de hielo vivo inclinados hacia el lago, pareciendo dudar ante la inevitable caída; bloques caídos flotando errantes a merced del viento; agua cristalina que pasa del verde al azul en misterioso capricho, tanto esculpidas por la brisa, como reflejando las escenas grandiosas que la dominan... Cómo explicar el cautivador encanto de este sitio perdido entre estos montes desolados!"

Pues bien, "el cautivador encanto" de este glaciar pasó a la historia, pues merced al calentamiento planetario, ha desaparecido en el transcurso de este siglo, que también termina. Del glaciar ya sólo nos quedan las entusiastas palabras de los hermanos Cadier. □